1865

PEDRO DE RÉPIDE

LA CASA DE TODOS

DRAMA

EN UN ACTO Y EN PROSA



Copyright, by Pedro de Répide, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

LA CASA DE TODOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA CASA DE TODOS

DRAMA

en un acto y en prosa

DE

PEDRO DE RÉPIDE

Estranado con éxito extraordinario en el SALÓN NACIONAL la noche del 7 de Diciembre de 1908



MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1909

A Don Miguel Moya

Presidente de la ASOCIACIÓN DE LA PRENSA

Obra esta de lucha y de batalla, quiero que sea prenda de mi afecto hacia usted, que ha sido siempre un grande luchador en la guerra, hoy más empeñada que nunca, por las ideas y por la libertad.

Usted sabe cuánto cordialmente le admira y quiere,

Pedro de Répide.

Las representaciones de este drama fueron prohibidas por orden del ministro de la Gobernación. El asunto estuvo á punto de provocar una cuestión de órden público, fué tratada en las Cortes, y de seguir la suspensión hubiera originado tal protesta de la Sociedad de Autores, que hubiese promovido un conflicto.

Las autoridades atajaron entonces la marcha del nublado autorizando nuevamente las representaciones, que se han reanudado con un éxito todavía mayor si cabe que en el día del estreno.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CLAUDIA	SRA.	CANO.
LA GIBOSA		HURTADO.
LA PÁJARA	SRTA.	SÁNCHEZ.
LA PELONA		ESTRELLA.
SANTIAGO	SR.	RODRIGO.
EL CONSERJE DEL ASILO		PORTES.
EL CHURRI		CANO.
EL MARQUÉS		CACHET.
EL SANTO		CALVERA.
EL TULLIDO		VELASCO.
EL MENGUE		SÁNCHEZ.
EL TUFOS		COUTO.
EL LITRI		BLANCO.
GUARDIA CIVIL 1.º (*)		PUGA.
IDEM 2.º		MALLEN.

Epoca actual. La acción en Madrid, en un asilo de la noche

(*) Por indicaciones de la autoridad se sustituyeron en Madrid los Guardias civiles por Guardas jurados, lo cual no implica nada en el drama. De todos modos, lo propio de la obra es que salgan los civiles, pero en el caso de recibir indicaciones de las autoridades locales de donde se represente podrán las compañías hacer la variación.

ACTO UNICO

La escena representa el zaguán de un asilo nocturno. Hay un banco á lo largo de las paredes, y á la derecha una mesa con una silla. Al fondo puerta de entrada, y á la derecha puerta que comunica con el interior del asilo. En el fondo también una ventana. Un farol de cristal verde y ténue lucecilla alumbra la escena. A la izquierda de la puerta del fondo hay un chubeski á cuyo fuego se está calentando la pareja de la Guardia civil al levantarse el telón. La Gibosa y el Churri están á la izquierda en el banco, y el Conserje del asilo está sentado en la silla junto á la mesa.

ESCENA PRIMERA

La GIBOSA, el CHURRI, el CONSERJE DEL ASILO, GUARDIA CIVIL 1.° y GUARDIA CIVIL 2.°

G. Civ. 1.° (Al Conserje, y refiriéndose á la Gibosa y al Churri.) ¿Y á estos los dejais ahí?

Con. ¡Qué se ha de hacer! Todos los camastros del asilo están ocupados desde primera hora. Y á los que vienen después da compasión dejarles al aire libre con las noches que hace.

Chu. (Refregándose las manos.) ¡Aqui dan ropa!

G. Civ. 2.° ¡Compasión! No hay que tenerla de esta gente. ¡Que trabajen! No se ha hecho para ellos el vivir á gusto.

Chu. Tampoco se ha puesto ahí pa ustés ese chu-

674414

beski, y vienen ustés y ni á Dios le dejan arrimarse al fuego.

(Los Guardias miran de mal modo al Churri.)

CON. ¡Calla, chaval!

GIB. ¡Cállate, Churri, que te van á dar abrigo!

CHU. ¿Que va á haber zumben? ¡Mejor! ¡Pocas ganas que tiene mi cuerpo de probar algo caliente!

CON. Estos son parroquianos, y aun faltan otros que vendrán más tarde.

G. CIV. 1.º Son vagos que se aprovechan de la caridad.

GIB. ¡Caridad! ¿Quién la tiene? Nadie da limosna más que cuando lo ve la gente para que digan, ¡qué buen corazón! Y cuando hace frío no hay quien dé una cochina perra por no sacarse las manos de los bolsillos.

CHU. (Que tiene las manos en los bolsillos de la chaqueta.) ¡Por eso no doy yo limosna á nadie!

G. CIV. 2.º Pues sí que es verdá que esta noche no está completa la familia.

G. CIV. 1.º (Por el Churri.) ¡Este ha madrugao!

CHU. Y he llegao tarde. Conque si llego á entretenerme en el camino...

CON. Falta el Marqués. Porque tenemos un marqués.

GIB. ¡Cómo anda la aristocracia!

CON. Y falta el Santo. Porque también viene un santo.

CHU. Pues anda apañá la corte celestial.

GIB. ¡Calla, herejote!

CHU. Sí, pues usté puede estar contenta con el de allá arriba.

GIB. Pero si nadie creyese en él, no habría iglesias, y si no hubiese iglesias, yo no podría ir á la puerta de ellas á pedir limosna.

CHU. ¡A ver! Como decía el otro. ¿Si no hubiese mozos de cuerda, habría esquinas?

G. CIV. 2.º (Sacando el reloj.) Las once. Hay que echar á andar.

G. CIV. 1.º Todo el Paseo Imperial nos falta que recorrer. Y buena está la noche. De piedra parecen nuestros capotes con la escarcha que encima llevan. Y con la neblina del río no hay quien vea á dos pasos.

CON. Miedo da echarse á andar por esa oscuridad adelante. Entre tales negruras sólo cobijo puede haber para la desgracia y para el crimen.

G. CIV. 1.º Y noche de crímenes parece esta, en estos lugares y á estas horas.

G. CIV. 2.º Vámonos, Juan, que ya se ha descansado bastante. De fijo que en otros lados hacemos más falta que aquí.

CON. Si no fuera por ustedes, no había persona de bien que se atreviese á andar por las afueras.

CHU. No diría yo lo mismo. Pero en fin, hay opiniones.

G. CIV. 1.º Sí que hacemos falta. Hay mucha miseria y mucho vicio.

CON. ¡Miseria más que nada!

G. CIV. 2.º Déjate de filosofías y de andróminas que son tonterías de papeles. A mí el reglamento y el fusil, y lo demás es broma.

G. CIV. 1.º ¿Que has faltao? Te encierro. ¿Que protestas? Palo. ¿Que quieres escaparte? Una bala te va.

G. CIV. 2.º El que manda, manda. Y el deber es el deber.

CHU. ¡Pues nos has sacao de una duda!

CON. Mi deber me gusta más que el vuestro. Yo como vosotros paso en claro las noches pero no para perseguir á nadie, ni con el fusil en la mano. Una buena obligación es la mía. La de abrir la puerta de este asilo á los pobres sin cariño ni hogar. El reglamento manda que no entren más que los que caben y que sólo se deje entrar hasta hora fija. Y yo ya veis. Dejo la entrada libre. La caridad no debe necesitar reloj, y el corazón está por encima del reglamento.

G. CIV. 1.º Ya verás lo que te pasa el mejor día por tu modo de ser.

CON. Páseme lo que quiera, con tal de que mi conciencia esté tranquila. Vivo demasiado cerca de la desgracia para asustarme de ella.

G. CIV. 2.º ¡Vamos, andando!

G. CIV. 1.º Sí. Y dejemos á este con sus fantasías.

CON. ¡Andad con Dios!
G. CIV. 2.º ¡Con Dios! (Abren la puerta.)
G. CIV. 1.º ¡Buena noche de pesca! (Salen.)
CHU. (Tiritando.) ¡Vaya un aliento que echa la puertecita!
(Los Guardias la cierran desde fuera.)
GIB. ¡Gracias á Dios que se fueron los atravesaos!

ESCENA II

La GIBOSA, el CHURRI y el CONSERJE

CON. ¿No tenéis sueño?
CHU. ¡Por no tener, ni eso!
GIB. Yo he dormido mi buen rato al arrimo de la puerta de San Isidro. En esas iglesias viejas se puede dormir también en las capillas sin que la digan á una nada. Porque en esas otras tan nuevecitas que tienen el piso con tarima, y tanta luz, y tanta cosa que parecen teatros, no quieren consentirlo. ¡Y qué dormir! Ni aun les gusta que entren pobres. Ya se ve, no damos nada, y asqueamos al señorío, y ocupamos el sitio que á los de la sacristía les tiene más cuenta que ocupe la gente rica, la que va allí á dejarse la pasta, aunque no sea suya, que de todo hay.
CON. Si es usté muda, revienta.
CHU. Sí que es tibia la señora dándole á la muy.
GIB. No tengo felicidá, ni el dinero que hace falta para que la parezcan á una bien todas las cosas. Un hijo tuve que era mi encanto y mi alegría. De vivir él no me faltaría cama donde dormir y pedazo de pan que llevar á mi boca. Aquel hijo me lo mataron en la guerra. A Cuba fué en el lugar de otro que pudo darse el lujo de comprar una vida. De comprar dos, porque la mía dejó de serlo desde entonces.
CHU. Vamos, abuela. No se acuerde usté de cosas tristes.

CON. Aprenda usté de ese.

GIB. ¡Ojalá!

CHU. A ver si todavía me van á tener envidia.

GIB. ¿Y cómo has venido hoy? ¿No has vendido el papel?

CHU. Buena está la calle pa el negocio. Mientras no llueva guisao no se pué vivir. Te estás en la Puerta del Sol tomando el fresco y gastándote el gañote y apenas si te sacas diecito pa uno de café con bolas. Y luego el domicilio, bueno, gracias. Y no está el tiempo pa irse á dormir á las escalerillas de la Plaza Mayor, que se corta el cutis.

GIB. Algo sacarás.

CHU. ¡Los codos! Miá esta.

CON. ¿Tienes obligaciones?

CHU. Pues es claro que hay familia.

CON. ¿Y el que venía antes contigo?

CHU. ¿Quién? ¿El Paperas? Ese es el que lo ha entendido. Pa ese es el mundo y es la vida. Y no pa mí que soy tan primo que no sirvo más que para ser persona decente. Ese se ha dedicao al afanen. (Hace con la mano un gesto de rapiña.)

CON. ¿De manera que se ha metido á ladrón?

CHU. Pa lo que quiera usté mandar Y no le faltan dos pesetas en el bolsillo. Y si vienen malas, hospedaje gratis en el hotel de la Moncloa; conque usté verá si ha dao en el clavo.

CON. ¡Pobrecillo!

CHU. Eso es. Compadézcale usté encima.

CON. (Señalando á la Gibosa que ha estado dando cabezadas hasta quedarse dormida.) Mira la Gibosa. Que la entren penas.

CHU. ¡Ya ha doblao!

(Llaman á la puerta de entrada y abre el Conserje. Entran el Mengues, el Tufos y el Litri. Los tres desarrapados y sucios y llevando taleguillos ó botes llenos de colillas.)

ESCENA III

DICHOS, el MENGUE, el TUFOS y el LITRI

CON. Aquí entran los lobos. Como será la noche cuando estos se acuerdan de recogerse aquí.

MEN. ¿Y qué quiusté que hagamos? Hemos llamao en la Equitativa, y no nos han abierto.

CON. Poneos por ahí como podáis. Al menos os libraréis del frío.

(Se acomodan en el suelo.)

TUFOS Dios se lo pague á usté, señor Julián, que es usté más bueno que un cocido de á peseta.

CON. Y poquito ruido y poquitas voces y su miaja de formalidad.

LITRI Gachó, pida usté algo.

MEN. ¡A ver ese!

LITRI Yo hablo porque quiero. ¿Y qué?

CHU. Cállate, Maura, que molestas.

LITRI Hola, Churri, ¿estás ahí? No te había visto.

MEN. Ni yo. ¿Conque pernoztando, eh?

CHU. Descansando. Tú verás.

(El Mengue, el Litri y el Tufos sacan las colillas y van echando el tabaco en montones sobre un papel. El Churri se quita de la oreja un pitillo á medio fumar y se lo pone en la boca.)

CHUR. So mendigos. Sus hago polvo en el azto.

TUFOS Nos va á molestar el humo.

MEN. ¿Es Jamaica?

CHU. Es bacalao de Escocia.

LITRI Tendrá raspas.

CHU. A ver si os habéis creído que estáis en la tinaja.

CON. No os vendría mal á todos.

TUFOS No es tinaja de agua la que este dice.

LITRI Es nuestra posá de otras noches. La tinaja de la Montaña del Príncipe Pío. En los palacios de cristal.

MEN. Ya ve usté. De cristal. Y palacios. No se crea usté que lo gastamos menos. Solo que aquello es sitio de verano.

TUFOS Y que á lo mejor le levantan á uno.

LITRI (Rascándose el pecho exageradamente.) Y que á veces le arrastran.

CHU. Buen negocio vais á hacer mañana en las Américas.

MEN. ¿Contra que quiés que lo juguemos? (Sacan barajas mugrientas.)

CON. Pero, chicos, ¿qué va á ser eso?

TUFOS No. Si pué usté jugar con nosotros.

LITRI Si nosotros no nos incomodamos porque sea usté de la partida. (El Conserje hace un gesto amenazándoles.)

CHU. (Al Litri.) ¡La partida va á ser tu cabeza, so abusón!

LITRI ¡Mi chinostra! Está muy dura.

(Vuelven á llamar á la puerta y abre el Conserje. Entran la Pájara y la Pelona, golfas jóvenes. Todas las miradas van hacia ellas.)

ESCENA IV

DICHOS, la PÁJARA y la PELONA

TUFOS ¡Anda Dios! Hasta señoras.

CHU. ¿Qué te creías, que esto estaba desamparao?

LITRI (Al Mengue.) Fíjate en esas postales.

PÁJ. (Al Conserje.) Aquí podremos estar, ¿verdá usté?

PEL. Siquiera hasta que vaya á amanecer. Por ahí fuera no hay quien ande.

PÁJ. Hasta los pájaros se hielan.

CON. Ahí tienes la estufa.

MEN. Y aquí nos tién á nosotros.

TUFOS Si pa algo servimos...

CON. ¡Y qué tengáis gana de broma!

PEL. Le estima.

PÁJ. Tantismas gracias.

CON. A ver si hay paz en el cotarro, que voy á dar una vuelta por adentro. (Vase por la derecha.)

ESCENA V

DICHOS menos el CONSERJE

LITRI (Mirando á la Pájara.) Pues oyes, sí que se parece á la Fornarina.

MEN. Pué que sea de la familia de su portera.

TUFOS (Por la Pelona.) Pues anda la otra. Se da un aire á la Otero.

CHU. Se da un aire á la señora madre de tu señor padre. Cuidiao que sois desconsideraos pa con el seso débil. ¡Y se va á acabar el pitorreo!

(La Pájara y la Pelona han sacado unos pedazos de pan y los ponen á tostar en el chubeski.)

PÁJ. (A la Pelona.) Ya sabes lo de la *Malhuele*. Ayer tarde la han visto con un hombre.

PEL. No era un hombre. Era su marido.

CHU. Ella sabrá.

PÁJ. ¿Ustés gustan?

MEN. ¡Andar, que nos convidan!

PEL. Es un cacho de pan que nos ha sobrao del cafetín.

TUFOS ¡Ración de postre!

GIB. (Despertándose.) ¿Me llamábais á mí.

LITRI Es que al olor de lo que se come hasta Dios despierta.

(La Gibosa los mira un momento y vuelve á dormirse.)

CHU. ¡Duérmase usté otra vez, abuela!

MEN. (A la Pájara.) ¿Oiga usté, reina, quiere usté un compañerito?

CHU. Del alma...

MEN. Anda, pues no me contesta.

LITRI El que calla otorga.

CHU. ¡Quiá! El que calla es porque no dice na.

TUFOS (A la Pelona.) ¿Y á usté, prenda, no la hace falta un arrimo?

LITRI ¿Bueno, y yo con quien me ajunto?

CHU. Tu y yo hablaremos del tiempo.

PÁJ. ¡Valiente par de pelmazos!

PEL. Pues anda, que son poco.

MEN. Tengo yo pa usté un bote así de piri toas las mañanas junto á la verja del ministerio de la Guerra. Y un banco en la Castellana que nos va á servir de domicilio.

TUFOS ¡Este gachó las atufa!

LITRI Claro. Empieza por decirlas que las va á poner casa.

PEL. (A Pájara.) A mí me paece que á estos les conozco.

MEN. Habremos sío vecinos.

PÁJ. (A Mengue.) ¿Oye, tú donde has vivido?

MEN. Anda. ¡Vivir yo! En ninguna parte.

PEL. (A Tufos.) ¿Y tú?

TUFOS Al laò de donde este.

LITRI Vamos. Venir pa acá. Que son tímidas pa la conversación.

PEL. ¡Gañas de hablar quies que tengamos!

PÁJ. ¡Si el hablar fueran chuletas!

MEN. (Enseñando la baraja.) Arrimarse que va á haber cané.

PÁJ. Anda, chica, vamos allá.

CHU. (Que se habrá quedado medio dormido tumbado en el banco.) ¿Qué estais haciendo?

LITRI Ya lo ves. Fraternizamos.

MEN. (A la Pájara.) Oye, ¿á tí como te llaman?

PÁJ. A mí, la Pájara.

TUFOS (A la Pelona.) ¿Y á tí?

PEL. A mí, la Pelona.

LITRI ¡Sí, que tie melena!

PEL. Pa que me la tomes tú, so pichón.

TUFOS Anda, juega y no hagas caso.

MEN. Ahora vereis, arrimarse la tertulia.

LITRI Vendrá el Santo.

TUFOS Y vendrá el Marqués.

PÁJ. ¡Anda, un santo!

PEL. ¡Y un marqués!

MEN. Vienen toas las noches. El Marqués siempre es el último.

PÁJ. La aristocracia siempre se retira tarde.

TUFOS El Santo paece idiota.

PEL. Lo será.

PÁJ. Casi tóos los santos tién cara de tontos.

LITRI El Marqués es un viejo con muchos humos.

PÁJ. ¡Gachó y viene al Asilo!

TUFOS Dicen que ha sido hasta título y que ha tenido pero que la mar de pasta.

MEN. ¡Cané!

PEL. Canelón, canelete.

TUFOS ¡Es mío!

LITRI Las ganas.

CHU. No chilleis que va á venir el tío de la gorra, y nos va á diñar pa el pelo.

TUFOS ¿Vamos con otro?

MEN. Con otro.

CHU. Miá que ocasión es esta pa que entrase de pronto la pareja.

PEL. ¿Quienes? ¿Los guardias?

CHU. No, que iban á ser el rey y la reina. Mia tú esta.

PÁJ. ¿Suelen venir los de los fusiles?

CHU. Ya han estao esta noche pero vienen á lo mejor dos ó tres veces.

PÁJ. ¡Gachó! Y dices que á lo mejor...

MEN. ¿Tenéis por qué temerlos?

PÁJ. No. Pero es que solo el verles da respeto.

PEL. Cállate. Que paece que los llamas.

TUFOS ¿Lloras, chiquilla?

PÁJ. Es que me acuerdo de mi hombre. De la última vez que le ví. Carretera alante, el cielo negro, la tierra negra, tóo negro. ¡Maldita sea la!... Lloviendo si Dios tenía que, y mi hombre entre los guardias, pa alante, pa alante, y yo queriendo ir detrás de ellos, y los civiles que no me dejaban, y yo que seguía, y los civiles que me tiraban al suelo con las culatas de sus escopetas, y yo en metá del barro del camino, caída, medio atontá del golpe, y viéndoles cómo se iban por el camino alante, y mi hombre que volvía la cabeza pa mirarme, y que lloraba. ¡Miá tú que llorar él! De rabia y de coraje era. Las manos atás llevaba que de llevarlas sueltas no me dejara allí caída y avasallá viéndole ir caminito alante, caminito alante, sin poderle seguir ni con los ojos que de llorar se me cegaban.

MEN. A ver si nos vas á dar ahora la llorona.

CHU. ¡Anda! Pues á ver si no va á poder desahogarse la pobre.

PEL. (A Mengue.) No quisieras verte tú como el hombre de esta, ni como el mío.

MEN. Anda, el tuyo también.

TUFOS Pues sí que sois un par de viudas.

PEL. Yo al menos tengo el consuelo de poder hablar con el mío.

LITRI Ya me figuro, el teléfono.

MEN. El en la reja, y tú desde el desmonte.

PEL. Y así me veo, teniendo que meterme aquí á pasar la noche. Pero mientras junte yo dos reales, aunque me falte á mí cama donde dormir, no le faltará á él tabaco en donde está.

LITRI Ahí tenéis. Una mujer castiza.

CHU. Vamos, que no te daba yo ahora dos patás poco á gusto. ¡Por prima!

PEL. Pues si lo hago es porque quiero, y porque le quiero, y porque me sale de las narices. ¡Pues á ver!

PÁJ. Cállate. También tiés tú ganas de conversación.

PEL. (Al Mengue.) ¿No has estao tú nunca allí arriba?

MEN. Sí que he estao. Pero no de causa.

PÁJ. No sería por capricho.

MEN. Tiré un quince con seltz.

PEL. ¿Na más que uno? (Abrese lentamente la puerta y entran el Santo, y el Tullido. El Santo es un mendigo que trae una parda y grande capa llena de medallas religiosas y cruces, y escapularios. El Tullido aparece con unas gafas negras, sin un brazo y con una pierna entrapajada, apoyándose en una muleta para andar.)

ESCENA VI

DICHOS, EL SANTO, EL TULLIDO

TUFOS Anda. ¡Entran sin llamar!

MEN. Son de la casa, y ya conocen las costumbres. Saben que el señor Julián deja entrar á los parroquianos hasta las doce.

LITRI Ese Tullido es nuevo aquí.

TULL. ¡Ave María Purísima!

SANTO (Santiguándose.) Sin pecado concebida.

PÁJ. Amén, Jesús.

SANTO Acomódese el Tullido que de aquí no podemos pasar.

PEL. (Por el Santo.) Anda la vérdiga. Vaya un escaparate.

TULL. Allí está la Gibosa. A ver si se despierta, y vuelve á reñir conmigo como esta tarde en San Ginés.

SANTO Y ¿por qué riñen, hermano, en la casa de Dios?

TULL. Porque me quita clientela. Desde que se pone allí no saco una limosna. Chavó, me desacredita. Dice á todos los que dan perras, que no son todos, que no soy ciego, ni cojo, y que lo de mi brazo es un embuste. Diga, ¿aquí habrá confianza, eh?

CHU. Está usté en su casa.

TULL. ¿Y mire usté que decir que es un embuste? (Se quita las gafas, y se las guarda en un bolsillo, deja la muleta y de debajo del chaleco saca el brazo oculto.) Como que me ha traído la ruina esa mujer. A ver cuándo he tenido yo que recurrir á un sitio de estos. Lo que es que están las cosas muy malas. Y el negocio de pedir se está nublando como todos.

CHU. Vaya un ciego con pupila.

TULL. Pues es verdá, na más. Se pasa uno el día en su oficina, y ¿qué saca usté? Todo helao.

CHU. Y tan helao. Valiente tío fresco.

SANTO No murmure, hermano.

TULL. Apañao está el asunto. ¿Pues no va hoy uno, y me da una perra falsa? Natural que protesté ¡Y todavía se atreve á decirme que cómo lo había visto si era ciego! Maldita sea. ¿Pues qué se había creído?

SANTO Duérmase, y no ofenda á Dios.

TULL. Sí que me dormiré antes de que me vea la Gibosa. Hala. Yo aquí en el rincón me apaño. (Se tumba y comienza á dormir.)

PÁJ. Vamos, que venía con prisas.

SANTO Ya está con Dios.

MEN. ¡Anda el cojo, durmiendo á pierna suelta!

SANTO ¿Y mi señor el Marqués, aun no ha venido? (Se sienta, en el suelo, y de un taleguillo de lienzo que trae, saca varias cosas, y entre ellas un mendrugo y se pone á comer.)

MEN. Gachó, pues no le tiés poco respeto á ese hombre.

SANTO Es un señor.

TUFOS Lo mismo que nosotros. Miá tú éste.

SANTO Nosotros hemos sido siempre unos pobres de pedir. El ha sido grande.

LITRI Así viene siempre con los humos que viene. Como tiene quien le haga coro.

MEN. Bueno, y tú que podías tener arrimo con otras gentes, ¿por qué vienes aquí? aquí.

SANTO Yo vengo aquí por mortificación y penitencia. El pago lo encontraré en el cielo.

TUFOS Pues sí que tiés al cajero cerca.

SANTO Yo no quiero poseer nada en este mundo. No quiero tener nada mío.

LITRI Anda, por eso metías anoche la mano en el talego de aquel que estaba á tu lao durmiendo.

SANTO Dios me libre de la infame calumnia.

MEN. Bueno, anda y que te aguante tu Marqués.

SANTO Bastante tiene el que Dios le hace pasar por la prueba de ser pobre.

LITRI ¡Qué bromitas tiene Dios!

MEN. ¡Y lo que es tu amigo te trata bien!

SANTO Puede tratarme como quiera. Es un señor.

TUFOS Me río yo de los señores.

MEN. (A Pájara y Pelona.) ¿Sus dormís, palomas?

PÁJ. A ver. Con ese sermón.

TUFOS Anda, y que sigan la partida. (Vuelven á disponerse á jugar.)

SANTO El Todopoderoso los perdone. Hasta en las casas de caridad se entregan al vicio y al exceso. ¿Y qué se jugarán?

MEN. Las fincas. Usté verá.

SANTO ¡El tabaco! ¡Dios mío!

LITRI Vamos, si lo que está usté deseando es meter el cuezo aquí.

TUFOS Si sabemos lo que es necesidad.

LITRI ¡Y bien que lo sabemos!

SANTO ¿Yo ahí? ¡Dios me libre! A bien que en último caso... Y sólo por pasar el rato. Puesto que me lo rogais... (Se sienta con ellos y se pone á jugar.)

MEN. Gachó, y dice que se lo rogamos.

PÁJ. Sí que es un caña el amigo.

LITRI Yo creía que los santos no jugaban al cané.

PEL. Este es un vivo.

TUFOS Y vaya un juego que me gasta.

PÁJ. ¡Que va á ganar!

MEN. ¡Que gana!

LITRI ¡Que ganó!

(El Santo coge lo que ha ganado en el juego y se aparta á guardarlo sin decir palabra. Los demás le miran con cierto asombro)

MEN. ¡Vamos, que no!

PÁJ. ¡Que se lo ha llevao tóo!

TUFOS ¡Que no pué ser! (Se va á levantar como para ir á disputar al Santo lo que se lleva, cuando se abre la puerta y aparece el Marqués y detrás de él Santiago.)

ESCENA VII

DICHOS, SANTIAGO y el MARQUÉS

MAR. (Hombre de unos cincuenta años, con maneras señoriles, y traje aunque roto y averiado con dejos señoriles también. A Santiago.) Entre usted. ¡Cuando yo le digo que puede entrar!... Mire usted, la puerta está abierta.

MEN. Anda, también trae éste un huésped. (Entra Santiago. Hombre de unos treinta años, barba espesa, lenguaje y modales cultos y enérgicos.)

MAR. ¿Le da vergüenza? Pronto se hará á ello. Así me pasaba á mí al principio. Yo he tenido coche á la puerta de mi casa y ahora tengo que venir á dormir aquí.

SAN. No crea usted que me avergüenzo de entrar en esta casa. El hombre no hace mal sino cuando daña á su prójimo. Y mientras no se haga daño á nadie, ¿por qué va uno á

guardarse rencor á sí mismo por sus propias miserias?

SANTO (Al Marqués.) Hola, señor.

MAR. Calla, bellaco. ¿No ves que estoy hablando con un caballero? (A Santiago.) Cuando le he visto á usted ante la puerta del asilo sin decidirse á entrar, he comprendido que era usted nuevo en el asunto. Y cuando luego le he oído hablar, he visto que no se trataba de un hombre vulgar, y me he alegrado.

SAN Mil gracias.

MAR. Yo estoy ya condenado á vivir entre esta canalla. Por eso me satisface encontrarme de cuándo en cuándo personas de otra especie. Usted es joven y podrá considerar como pasajera su caída social. Yo, en cambio, estoy caído para siempre. La sociedad no le perdona á uno el haber vivido á sus anchas. Y cuando ha hincado el diente en una persona, no recoge las piltrafas de la carne que ha devorado. Pero siéntese usted aquí al lado del chubeski. Fuera vosotros, atajo de golfos.

MEN. ¡Adiós, millonario!

TUFOS Aquí es usté tanto como nosotros. ¡Nos ha fastidiao este tío!

PÁJ. ¡Chiquillos, llamar al Conserje!

SAN. No seré yo, amigo mío, quien arranque de ese sitio á esos desgraciados como nosotros.

MAR. Hay diferencia.

SAN. Creo que ninguna. Pues que la compasión, la mezquina y medida compasión oficial, les da ese calor, y ellos han llegado á él antes que nosotros, no tenemos derecho á disputárselo. ¡Ojalá como se les da ese calor al cuerpo se les diese calor de amor y de saber á su inteligencia y á su alma!

MAR. ¿También usté es de los que piensan así? ¡Buena es esta canalla!

SAN. ¡Ay! Si todos pensaran como yo hablo, quién sabe si esta canalla no lo sería, y si ni usted ni yo tendríamos que haber venido aquí.

MAR. Famosas teorías.

SANTO Habla como un padre misionero.

MAR. ¿Oye usted? Dice que habla usté como un padre misionero.

SAN. Tendría un verdadero sentimiento en que mis palabras pareciesen palabras de cura.

MAR. A este miserable le suenan á eso. Pero yo ya he comprendido que marcha usté por otro lado. Quién sabe si tendrá usté razón.

SANTO ¿Por qué me llaman miserable? ¿No lo somos todos en el mundo? Y más nosotros que tenemos que acogernos á esta casa de caridad.

SAN. ¡De caridad! Por eso no quería yo entrar aquí. Porque no quiero deberle caridades á nadie. ¡La caridad! ¡La limosna! Si todos somos hermanos, ¿con qué derecho podemos humillar á nadie arrojándole al pasar una moneda, ó estableciendo esta especie de lazaretos de almas para no molestar á los dichosos de la tierra?

MAR. Amigo, nos han enseñado á resignarnos.

SAN. ¡Resignación! Bien merece todas las desdichas el que se resigna á sufrirlas.

SANTO Así se gana el cielo.

SAN. Sí, pero si luego resulta que no le hay, ¿quién le indemniza á uno de haberse mortificado en la tierra?

MAR. Yo, si le he de decir á usté verdad, no me he preocupado nunca de esas cosas. He sido rico, he sido poderoso. He ido luego cayendo poco á poco y he visto llegar mi ruina impasible y tranquilo.

SAN. No le envidio á usted su paciencia. Es la resignación una virtud muy cómoda, pero muy poco digna. La sociedad de ahora padece precisamente un gran empacho de resignación. Hace poco las miserias de la carne siguieron á las miserias de mi espíritu, y dieron con mi pobre cuerpo en un hospital. Un hospital debiera tener alegría, luz, alivio moral, algo que animase á vivir. Y es, en cambio, un sitio lóbrego, reglamentado como una cárcel y triste como un convento. En vez de enfermeras, no guiadas por el amor de Dios sino por el del prójimo, hay

unas monjas que hablan de la muerte y del infierno por todo consuelo para el desdichado, y la mía no me hablaba más que de eso, y de resignarme, y de aceptar el sacrificio. Digo á usted que otro hombre que no fuese yo hubieseacabado por dejarse morir. Yo, no. Yo siento el amor á la vida, y sé que nadie debe conformarse á perderla ni á vivir mal. Y huí del hospital y el aire libre me curó. Y volveré á vivir bien, como tengo derecho á vivir y como tenemos derecho todos. Vaya, que fuera bueno resignarse cuando todas las iniquidades y todos los dolores y todas las miserias pesan sobre una humanidad hambrienta de pan y de justicia.

MAR. Es usted un rebelde.

SAN. Tengo que serlo. Todos mis otros amores he perdido, solo me queda el amor á mis ideas.

MAR. Tiene usted recuerdos de grandes penas que ha debido pasar.

SAN. Sí que los tengo. El recuerdo de una mujer que en tierras lejanas debe hallarse. Y tanto ó más que el recuerdo de ella me persigue y oprime el recuerdo de un hijo Un hijo de mi carne que con ella quedó. Persecuciones de la justicia, ¡con qué ironía suena aquí este nombre! me separaron de ellos. No les volví á encontrar.

(El Santo le ha estado mirando receloso y apartándose de él, se va á dormir un poco más allá.)

MAR. (Receloso.) ¿Ha sufrido usted persecuciones de la justicia?

SAN. Sí, señor. No he matado, ni robado. Han sido persecuciones por no pensar como los que mandan.

MAR. ¡Ya!

(La Pájara y la Pelona disputan.)

PÁJ. ¡Ese cacho de pan es mío!

PEL. ¿De dónde? Si tú ya te has comío el tuyo.

PÁJ. Anda y cuéntaselo á un guardia.

PEL. ¡Que no te lo comes!

PÁJ. ¡A robar á tu casa! ¡Ladrona! ¡Golfa! ¡Más que golfa!

PEL. ¡Mia tú la duquesa que habla! (Se han enzarzado y se pegan y arañan. Los golfos se despiertan. El Conserje aparece en escena.)

ESCENA VIII

DICHOS y el CONSERJE

PÁJ. ¡Perra! ¡Hija de una perra!

PEL. ¡Piojosa!

CON. ¡Si no se os puede dejar solos!

MAR. (A Santiago.) Ahí tiene usted la gentecita.

SAN. ¡Cosa más natural! Se disputan el último mendrugo. Si cada uno tuviese su pan, no reñirían.

CON. Hay gente nueva, ¿eh? Bueno, ¡pues ya se acabó la entrada por esta noche. ¡A dormir todo el mundo que ya es hora! Fuera la luz. Ahora cerraremos la puerta. (Se lleva adentro el farol de encima de la mesa, quedando la eseena en penumbra porque el farol verdoso de la pared no da luz apenas. El Conserje vuelve en seguida y se dirige á cerrar la puerta de afuera y cuando acaba de echar el cerrojo, oye llamar en ella.) ¡Todavía hay un rezagado! En fin, que entre, y que sea el último. (Abre y aparece Claudia. Mujer joven, vestida malamente pero viéndose que sus trapos no han sido vestidos de mujer de baja condición.) ¡Hola! Es una mujer. Pase pronto, que hace frío.

ESCENA IX

DICHOS y CLAUDIA

CLAU. Yo vengo... Verá usted...

CON. No tiene que decirme nada. Ya me lo figuro que cuando viene aquí no será por su gusto. (Acaba de cerrar la puerta.)

CLAU. Gracias, buen hombre; muchas gracias. Creí morir antes que llegar hasta las puertas de esta casa.

CON. Acomódese como pueda por aquí, que no se

puede pasar más adentro. Ya ve. Los demás duermen. Duerma también. Yo, por mí; voy á echarme ya en mi camastro, aquí al lado. No se puede estar lejos de esta tropa. ¡Pobrecillos! (Los ha mirado compasivamente, y vase por la puerta pequeña.)

ESCENA X

SANTIAGO y CLAUDIA

(Santiago que había quedado sentado en la parte izquierda de la escena, se levanta silenciosamente y va hacia Claudia que está sola sentada á la derecha. Todos los demás durmen profundamente.)

CLAU. ¿Qué? ¿Quién es? ¿Quién se acerca?

SAN. Cállate, Claudia, que pueden despertarse. Santiago soy. Por la voz te reconocí en cuanto entraste. Luego á esta tenue luz he visto que tú eras. ¡Oh, qué extraño misterio nos hace reunirnos aquí... Dime, ante todo: ¿y nuestro hijo?

CLAU. ¿Nuestro hijo? No le veremos más. (Santiago queda abrumado al oir estas palabras.) Más le ha valido. Sí. Más le ha valido á la pobre criatura.

SAN. No me extraña encontrarte aquí. Yo te buscaba donde quiera que la desgracia y el dolor tienen su cobijo. Y mira como al fin te encontré.

CLAU. Yo á tí no te suponía en España. Menos supuse hallarte ahora cuando la luz que hay sobre la puerta de esta casa me ha guiado hacia ella.

SAN. Esa luz rojiza que es como una estrella ensangrentada entre las sombras de la noche.

CLAU. ¡Cuánto dolor hemos dejado entre nosotros!

SAN. Habla. Estamos como si estuviésemos solos. Nadie nos oye. Ese montón de desgraciados duerme. Y el sueño de la miseria es muy pesado. El sueño es piadoso, mientras duermen no sufren.

CLAU. Y además de dormir sueñan quizá.

SAN. Sí. El ensueño es como Dios y como el amor. Besa todas las frentes, y baja á consolar las pobres almas desheredadas. Dime. ¿Y tú padre? ¿Qué es de ese buen viejo? (Claudia baja la cabeza de responder.)

SAN. ¡Oh! ¿También él?

CLAU. En Londres fué. Habíamos huído de París con aquellos estudiantes rusos que con nosotros vivían. Nosotros y nuestros compañeros fuímos expulsados del territorio francés como peligrosos para la paz del mundo. ¡Pobres de nosotros! Por fortuna la tradicional Inglaterra se presentaba más liberal y tolerante que la república de Francia y todos hallamos pronto refugio en Londres. Allí encontramos gente de buena voluntad que soñaba también con una humanidad sin fronteras, y sin más ley que el amor de todos para todos.

SAN. Sigue. ¿Cómo fué?

CLAU. Fué brutal. Confundiéronle con un ladrón, y destrozaron su cuerpo á latigazos en una inspección de policía. Una semana después moría en nuestro tugurio. Y los verdugos se aseguraron el silencio. Si algo se sabe, mal día para nosotros, nos dijeron. Vivíamos fuera de la ley, y hasta para llorar tuvimos que escondernos.

SAN ¡Pueblos civilizados y cristianos, todos sois iguales!

CLAU. ¡Y qué felices vivíamos en aquel barrio apartado de París! ¿Te acuerdas?

SAN. Habíamos fundado una colonia que era como un ensayo de la ciudad futura. Ciudadanos de las más distintas naciones, allí éramos compatriotas de la gran patria universal.

CLAU. Eramos todos como hermanos.

SAN. El mundo entero es patria de oprimidos. Cuéntame ahora de tí.

CLAU. ¡Que he de decirte sino que desde que nos separamos solo pensé en buscarte! ¡Oh, qué peregrinación la mía! Al cabo vine á España.

Intenté vivir en Madrid. A poco de llegar pude colocarme de institutriz en una buena casa. Pero supieron que yo tenía un hijo, ¡nuestro hijo! y me imponían separarme de él. ¡Pobre niño! Yo trabajaba para él y él sin saberlo era el obstáculo para mi trabajo. Por fin hallé otra casa. No pude continuar. Advirtieron que yo no iba á misa, ni hacía prácticas religiosas, ni tenía estampas de santos en mi alcoba. Y me riñeron los señores. Poco después hubo una carta para mí. En las prácticas de ellos estaba, sin duda, abrir las cartas dirigidas á otras personas porque leyeron aquella y tuve que marcharme en seguida. Eran noticias de nuestros amigos de Londres. Los amos me dijeron que si no salía de su casa y de Madrid me harían detener por anarquista peligrosa. ¡Peligrosa yo! ¡Ya ves!

SAN. Y luego... lo imagino. El calvario de todos.

CLAU. El hijo muerto... Yo en la calle.

SAN. También yo he intentado vivir de mi trabajo. Como tú he querido ser profesor y no he podido. Todos los colegios tienen un director que los dirige, y un cura que dirige al director. Probé luego á vivir de mis manos. ¡Y como había de poder si los que lo tuvieron siempre por oficio no pueden vivir todos! La vida es cruel. Tiene zarpa de tigre ciego que cae y que destroza sin ver lo que desgarra.

CLAU. ¿Y al fin te decidiste á huir de aquí también?

SAN. ¿Qué hacer? Al comenzar de la mañana, sin más equipaje ni más compañía que mis pensamientos, pensaba echar á andar camino adelante. En llegando á un puerto buscaría el medio de embarcarme para América.

CLAU. Más lejos iba yo.

SAN. ¡Más lejos!

CLAU. Dos veces me he sentido cobarde. Primero me faltó valor para seguir viviendo y he querido matarme. Luego me ha faltado valor para matarme y ha sido cuando loca y

desalentada, á campo traviesa entre la noche, he llegado hasta aquí.

SAN. Esa fuerza invisible que mueve los mundos ha querido reunirnos. Claudia, juntaremos nuestras miserias y haremos de las dos una sola.

CLAU. Mi miseria es mayor que la tuya. Tú eres bueno, tú eres grande, por eso no quería decírtelo. Pero soy una infame. He robado, Santiago. Yo no hubiera robado para mí, pero robé para mi hijo. Y si la vida de otro hubiese valido para alargar la suya hubiese matado para él.

SAN. ¡Claudia!

CLAU. Tú solo comprendes mi dolor. Aquella criatura que era carne de mi carne y alma de mi alma es más feliz que yo. Bajo la tierra duerme. Yo tengo por martirio el suplicio enorme de vivir todavía.

SAN. ¡Robaste, mujer!

CLAU. Me harté primero de pedirlo. Al fin, la pobre criatura no me había dicho que quería nacer. Cuanto yo sufriese por el pobre niño era mi natural castigo por haber traído al mundo á un desgraciado.

SAN. Viviremos, trabajaremos y esperaremos, Claudia. (Señala á los pobres dormidos.) ¿No sientes la impresión de que somos aquí como los sobrevivientes de una batalla? Mira esos cuerpos miserables. Son como muertos en la guerra de la vida. Solo nosotros velamos entre ellos. Somos los derrotados de ahora, pero aun podemos luchar por nuestra idea.

CLAU. Son también como una caravana que descansa en un alto del camino. ¿Y á dónde irán si su vida es una eterna noche?

SAN. Van hacia esa gran posada: es la fosa común. Allí vuelven á unirse quizá los cuerpos que se juntaron una noche de amor. Aquella es otra casa de todos que guarda para siempre las miserias que fueron.

CLAU. ¡El amor!

SAN. El tuyo y el mío y el de todos. A ciegas ca-

minamos por la vida, solo el amor es un vislumbre de luz entre las sombras. Por eso es tan bello pensar que tras de la gran noche del dolor pueda amanecer para los humanos un sol. El sol de la justicia y de la bondad que ha de hacer á todos los hombres libres y buenos, sin más ley que su propio corazón ni más fuerza que su propia conciencia. Cuando todas las cosas sean bellas y toda la humanidod sea de hermanos.

CLAU. Pobres de nosotros. Huídos, perseguidos.

SAN. Bienaventurados los perseguidos.

CLAU. No somos para las gentes más que unos rebeldes visionarios.

SAN. Bienaventurados los visionarios y los rebeldes. (Pausa.)

CLAU. Yo quiero huir. No quiero que esperemos al nuevo día. Entre sombras andamos por el mundo, ¿qué nos importará caminar entre las negruras de la noche?

SAN. Sí, es preciso partir.

CLAU. Acuérdate de que me buscan para responder de mi culpa. Antes, lo mismo que en el asilo, hubiera entrado en la cárcel. Ya no tenía fuerzas para más. Pero ahora que te he encontrado siento ansia de vivir. ¡Huyamos! ¡Santiago, sálvame!

SAN. Ese hombre se llevó la llave. Hasta que venga el día estamos presos, Claudia.

(Se oyen grandes golpes en la puerta de fuera.)

CLAU. ¿Quién llamará de esa manera?

SAN. No te inquietes, mujer.

(Se repiten los golpes y sale el Conserje con un farol. A los golpes de la puerta se han despertado los golfos. Abre el Conserje y aparecen los Guardias civiles.)

ESCENA XI

DICHOS, el CONSERJE y GUARDIAS CIVILES 1.° y 2.°

G. CIV. 2.° Hola, Julián.

CON. Nunca distéis tan pronto la vuelta.

G. CIV. 1.° ¿Qué gente nueva hay por aquí esta noche?

CON. (Mirando con el farol.) ¡Nueva! ¡Nueva! Aquel tullido...

G. CIV. 2.º ¿Quién más? Tiene que ser una mujer.

PÁJ. ¡No nos buscarán á nosotras!

PEL. Calla.

SAN. (Levantándose.) ¿Y por qué no un hombre también?

(Todos los golfos están contemplando con interés la escena.)

G. CIV. 1.º Cállese.

G. CIV. 2.º No se meta en lo que no le importa.

G. CIV. 1.º (A Claudia.) ¿Cómo se llama usted?

CLAU. Claudia Martín.

G. CIV. 2.º Esta es la que buscamos.

CLAU. Sí. Yo soy. No hubiera sabido negarlo.

(Los Guardias van á atarla las manos.)

G. CIV. 1.º Vamos á atarla.

CLAU. ¡Santiago!

SAN. ¡No!

CLAU. No me atéis las manos.

G. CIV. 2.º Y la boca también.

SAN. ¡No la atéis!

CLAU. ¡Dejadme!

G. CIV. 1.º ¡Hala! Arrastra irás si te pones tonta.

G. CIV. 2.º Arrastra.

(Ella cae al suelo y el Guardia 1.º quiere tirar de ella. El segundo la amenaza con la culata de su fusil.)

G. CIV. 2.º A esta hay que ablandarla.

SAN. A una mujer no se la pega.

CON. Cállese. Por su bien.

CHU. Ese hombre tiene razón.

MEN. Sí. Pero los otros tienen fusiles. Calla.

SAN. Esta mujer es la mía. Pero aunque no lo fuese me sería lo mismo para defenderla.

G. CIV. 1.º Y usté también vendrá.

SAN. No. No me llevaréis como carne á los lobos. Huye tú. Claudia. Huye. (Se pone delante de los Guardias.)

CLAU. (En la puerta.) Sin tí no.

SAN. (Forcejeando con los Guardias.) Huye. Yo te encontraré. Yo huiré tras tí.

CLAU. La noche sea con nosotros. (Huye.)

G. CIV. 1.º (A Santiago.) No. Ni tú ni ella os escaparéis.

(Echa á correr Santiago y los Guardias tras él.)

ESCENA XII

DICHOS menos SANTIAGO, CLAUDIA y GUADIAS

MAR. (Á Conserje en la puerta mirando hacia afuera.) Bien empleado le está á usted por dejar entrar á todo el que llega sin enterarse de quien es.

CON. Me basta saber que es un desgraciado el que llama.

(Suena un tiro.)

CHU. ¡Un tiro!

(Se oye otro y un grito de mujer.)

CON. ¡Otro!

(Aparece Claudia descompuesta y exaltada.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y CLAUDIA

CLAU. ¡Le he visto caer! Traedle, traedle aquí, que ya no se escapará, ni yo tampoco. Quiero verle. No importa que me atéis. Que bien atada estoy á su memoria.

MAR. Ellos han sido. ¿Verdad?

CLAU. No. Esos han sido el arma. Los que le han matado han sido todos. ¡Ha sido la sociedad! ¡Ha sido el mundo!

CON. Viva usted para llorarle.

CLAU. (Con gran exaltación.) ¡No! Para llorarle, no. Para vengarle. ¡De todos, miserables! ¡De todos, canallas! ¡De todos! ¡¡De todos!! ¡¡¡De todos!!!

(El Conserje y el Marqués la sostienen mientras ella hace ademanes de amenazar contra un enemigo que no se ve.—Telón.)

FIN

JUICIOS DE LA PRENSA

He aquí los principales juicios que publicó la prensa del estreno de esta obra:

Anoche, en un escenario muy modesto, con una Compañía sin pretensiones, pero tan notable como la de los teatros grandes, triunfó el notabilísimo cronista madrileño Pedro de Répide.

Y su triunfo debe regocijarnos á todos los que amamos un teatro sincero en el que se rinda verdadero culto al arte, al verdadero arte, en el que un autor pueda decir cuanto su cerebro piense sin temor á las trabas que suelen poner los abonados cuando de ellos depende el éxito mercantil de la temporada.

Pedro de Répide estrenó anoche en el Salón Nacional un drama «humano». Nos deleitó durante una hora, haciéndonos ver la «vida misma», jocunda unas veces, amarga, triste y lacerante otras.

La pluma vigorosa de Répide, nos trazó al final casi de su drama un cuadro de desolación que perdurará en la mente de los afortunados espectadores que tuvimos la dicha de gozar las primicias de *La casa de todos.*

La casa de todos, es un drama cuya acción tiene por lugar un «asilo de golfos».

Las primeras escenas tienen la fuerza cómica que les da la realidad

En el «asilo», van entrando golfos y golfas. Es una noche de las más crudas del invierno, y estos «detritus sociales» hablan en la escena del Salón Nacional exactamente igual, con las mismas palabras que emplean en la Puerta del Sol, en la escalerilla de la Plaza Mayor, en la calle de Tetuán, ante una hoguera de papeles, ó en el cafetín de Jacometrezo, cuando tienen *diecito pa* uno de cinco y medio panecillo.

Estos golfillos ahora, ladrones del mañana, jamás están triste, rebósales la alegría del vivir por sus ojillos burlones

y truhanes, y esa alegría se trueca en *timos*, en frases ingeniosas que ríen con la risa sana y fresca de los pocos años y de la carencia absoluta de preocupaciones.

Estas primeras escenas, demostraron que Répide es un magnífico autor.

Aquellos golfos que se burlan de la caridad cristiana, porque de caridad no tiene más que el nombre.

Aquel peregrino que sólo habla de Dios, sin perjuicio de jugarse unas colillas al *cané*.

Aquellas viejas que odian á los *luises* y á sus iglesias de confitería. Aquel ambiente, en fin, de anticlericalismo atacado con gallardía digna del mayor encomio, fué premiado con aplausos estruendosos.

Después, después entra el drama humano, sombrío, tenebroso. Un drama que pone de manifiesto la necesidad de que el bien y el amor impeien en la tierra.

Un drama en el que el Dolor, supremo Dios de los humanos, se nos muestra por la sabia y torturadora pluma de Ré. pide al desnudo.

En el «asilo» se encuentran Claudia y Santiago. Los dos son anarquistas. Los dos vivían con los suyos en París, de donde hubieron de huir perseguidos por la policía.

En su errante correría, comulgaron ante el altar de amor y Claudia tuvo un hijo.

En Londres se separaron. Quizás creyeron no verse jamás, y el azar los junta en un Asilo. Claudia cuenta á su hombre, á su Santiago, las torturas de su alma, la pérdida de su hijo, los sufrimientos pasados.

Quiso ser institutriz, pero al saber que tenía un hijo sin ser casada, la despidieron. Quiso ser criada, asistenta, cualquier cosa, pero como no era cristiana, la despidieron también de las casas en que estaba. Cerradas todas las puertas, no mirándola á la cara las personas honradas y cristianas por el enorme delito de amar á su hijo y no confesar; robó, sí robó, para que su hijo de su alma no muriera de hambre. Desde el día en que robó no tenía tranquilidad, temía ir á la carcel; pero ahora, ahora ya no tenía temor, estaba al lado del padre de su hijo, ya era otra vez fuerte.

En este momento llega al «asilo» una pareja de la Guardia civil buscando á Claudia. Santiago quiere evitar que se la lleven, detiene á los civiles, forcejea con ellos; Claudia huye, y al huir, él, los civiles hacen fuego, y Santiago cae muerto, atravesado el corazón por un balazo.

Claudia vuelve desolada, loca, y al ver al padre de su hijo muerto, dice en un arranque de desesperación:

—Le he visto caer, sí, ha muerto, pero no le han matado los civiles; ellos han sido el arma que le ha quitado la vida. Le ha matado la sociedad, el mundo, negándole los medios de vida.

Y con un gesto trágico, dice mesándose los cabellos:

–¡Canallas, miserables!

Esta es, contada á grandes rasgos la última producción de Répide.

El éxito que alcanzó fué inmenso, colosal Répide salió quince veces á escena. El público quería que hablara. ¿Para qué? Acababa de hablar desde el palco escénico y bien claro y bien alto.

Su triunfo nos alegra. Fué merecidísimo. No sabemos que aplaudir más, si su labor de dramaturgo ó su valentía de anticlerical. En verdad os he de decir, que el triunfo de Répide ha sido el triunfo de la juventud liberal que piensa y que trabaja, sirviendo de contraste con esa juventud que se da golpes de pecho y enamoran niñas cloróticas, pero con buen dote.

Que sea enhorabuena, Pedro de Répide.

De enhorabueua está también la dramaturgia española, pues tiene desde anoche otro dramaturgo moderno que prescinde del camino trillado y va por el espinoso, que para gloria de nuestre arte, va abriendo el insigne Jacinto Benavente.

Aplaudamos á Répide por su atrevimiento.

La casa de todos, anticlerical, siempre anarquista, á ratos es la obra más atrevida que se estrenó jamás en un escenario de la corte.

El atrevimiento de Répide, fué coronado por el más grande éxito.

Vean los jóvenes el camino que deben seguir. Por él se va al triunfo, por él se conquista la gloria.

La lucha es la vida. ¡A luchar, pues, jóvenes!

La interpretación de *La casa de todos*, magnífica. La señora Cano, estuvo sencillamente admirable, dando vida al difícil papel de Claudia, y el Sr. Rodrigo estuvo á la misma altura que su compañera. Para ellos dos fueron los aplausos más entusiastas.

Los demás, admirablemente caracterizados, sobresaliendo el Sr. Cano, que estuvo graciosísimo.

Para terminar, un gran éxito para todos, autor, actores, empresa y público, y usted, señor Répide, no se duerma en los laureles, denos cuanto antes otra producción que sea digna hermana de *La casa de todos*.

¡Amén! Que quiere decir así sea —A. Asenjo.

(*El Pais.*)

***

El *Al dix*, de Gorki, ha inspirado sin duda al notable cronista su bello y hermoso drama. Pero Répide va mucho más lejos que el gran vagabundo, férreo dramaturgo, y á última

hora irónico formidable. Gorki pide creencias, fe, ideal para los desheredados; Répide sólo demanda justicia. El protagonista de su obra es figura más grande y más noble que el Vaska Pepel, del escritor ruso.

Hay un derecho á vivir. La limosna no es una concesión piadosa. Es preciso defender el derecho al robo, que ya los santos padres, y Jesucristo mismo, concedieron á los hambrientos.

Por ello el público aplaude frenético cuando el rebelde protesta ante la fuerza pública al prender á su amante, que ha robado por comer. No es protesta contra los representantes de la ley, miserables obreros que ganan su pan; es viril rebeldía, gallardo ademán de luchador esperanzado contra la ley misma, que no reconoce el más sagrado de los derechos.

Répide ha hecho un drama lleno de vida, intenso, vibrante, enérgico. Al marchar el vigilante del vestíbulo del Asilo, dejando sin luz aquel montón de desgraciados que duermen su hambre tumbados en el suelo flota en el ambiente la terrible sentencia de Bacon: «Nada hay más miserable que un rico.»

Es preciso un remedio para esto, y el notable escritor ya lo indica en la escena del socialista con el viejo aristócrata. Los desheredados han de escribir las tres famosas letras de Eduardo Laboulaye, S, Q, P: *saber, querer, poder*.

Engrandece el triunfo de Répide la enorme valentía que supone llevar al Teatro ideas que los más osados balbucean al oído. ¿Hubiéramos podido aplaudir *La casa de todos* en el nonnato teatro oficial?

Los actores interpretaron la obra con gran cariño. El autor salió infinidad de veces al palco escénico, entre grandes aplausos.—PAULINO.

(España Nueva.)

***

Pedro de Répide, el brillante cronista de la mejor solera castellana, ha estrenado anoche un drama, en un acto, que se titula *La casa de todos*, en el Salón Nacional.

Por el título y por el lugar de acción, originalmente visto, un nocturno Asilo donde á diario se recoge la leva del hampa de Madrid, comprenderéis lo interesante del documento y lo muy tentador que para el temperamento de Répide, tan propicio á estas rebuscas de los bajos fondos madrileños, habrá sido el acometer una labor tan de su gusto. Huelga decir que el asunto, sobria y artísticamente tratado—el drama social que vive siempre en las pequeñas y azarosas vidas de los desheredados,- es digno, por su intensidad, de la cruda y redentora pluma de un Gorki, y por su forma y colorido, una

mancha goyesca, uno de aquellos geniales caprichos del insigne pintor español.

Obra de tal empeño fué interpretada con singular cariño y fortuna por las Sras. Cano y Hurtado y los Sres. Rodrigo, Portes, Cano y Cachet, logrando, en fin, autor é intérpretes un éxito ruidoso, que ha de repercutir en el cartel por muchas noches

Pedro de Répide fué calurosamente aplaudido.—F.

(*A. B. C.*)

***

Cuando Pedro de Répide hizo y estrenó *La llave de la Araceli*, dije que veía en él todas las cualidades necesarias para hacer un gran autor dramático, y ahora, después del estreno de *La casa de todos*, que presencié anoche, insisto en lo dicho.

En esta nueva obra Répide acentúa su personalidad vigorosamente y se nos muestra ya libre de influencias malsanas y...

La casa de todos es en su primera parte una exacta pintura de un «bajo fondo», como dicen ahora los galófilos, de una de las últimas capas sociales, como se decía antes, y en ella asombra la justeza de trazo y de paleta. Esas escenas son hermanas de las primeras de *La llave de la Araceli* y de aquel cuento magistral, *Del Rastro á Maravillas*, en que Répide mostró tan gallardamente sus condiciones de observador. Los tipos son todos reales, las escenas, vividas, y en el diálogo no hay una sola frase, una sola palabra que no haya brotado de labios de seres semejantes á los que el Sr. Répide se propuso copiar.

La casa de todos es un asilo de noche, y con natural tan rico de color y la exactitud de copia ya elogiada, forzosamente había de resultar la obra un cuadro vivo, que impresionara hondamente al público: esta vez también triunfó, pues, el realismo crudo y fuerte.

La segunda parte de la obra se encamina por otros derroterros. La mayoría de los personajes son resignados ó débiles, incapaces de luchar; pero hay entre ellos dos rebeldes, un hombre y una mujer, anarquistas, y de sus labios sale tétrico relato de una vida horrenda de persecuciones y martirios, y terrible condenación de injusticias y desdenes sociales.

Esta segunda parte es de una audacia enorme. Répide lanza en ella las teorías ácratas con gallarda valentía, y de tal modo que, como es justo, en el fondo siempre resaltan más sentimientos de amor que sentimientos de odio.

El peligro (hablo del peligro artístico) de esas escenas pudo ser que resultaran demasiado líricas ó cayeran en los

abismos de la propaganda de *meeting*: ese escollo está muy hábilmente salvado, y cuanto allí se dice resulta natural y lógico dentro del ambiente y de la situación.

La casa de todos, pues, es una obra digna de aplauso incondicional, y debemos gratitud á los empresarios de teatrillo que tienen el buen gusto de hacer representar esas obras dando así noble y alto ejemplo, que pudiera ser, además, provechosa lección, si ellos supieran aprovecharla, á los empresarios de mayor fuste, á quienes altura obliga á deberes que no suelen cumplir.

La interpretación de *La casa de todos* fué la que podía ser: nuestros actores no están tampoco preparados para ese género de trabajo, y no pueden hacerle. Ayer hicieron cuanto les fué dable, con buena intención, y á ellos no sería lícito pedirles más. Solo uno, cuyo nombre siento ignorar, el que hizo el *golfo* que aparece en escena, me gustó por completo. Ese, al menos, sabía lo que se estaba haciendo.—ALEJANDRO MIQUIS.

(*Diario Universal.*)

***

Pedro de Répide no pone de manifiesto su juventud para exigir como un derecho inherente á los pocos años la posesión de un primer puesto en los días que corren.

Si se acuerda de la juventud es para conquistarlo trabajando con brío, con empuje, talento y sin fatiga. ., y, ¡claro está! ya se ha encaramado á un lugar preeminente por no haberse detenido en lamentaciones declamatorias y estar consagrado á una constante labor.

—¡Quién lo pensara! El exquisito cronista que parece haber vivido el siglo XVIII, se revela anoche como un espíritu del siglo XXII, y creo que aun señalo reducido plazo para lo que ahonda en visiones del porvenir.

La obra representada anoche en el Salón Nacional creo que como valentía nunca por otra habrá sido superada.

—¿Por sicalíptica?—Preguntaréis, tal vez.

—No.

—¿Por crudeza del asunto?

—No.

—¿Por ordinariez y tono subido de los chistes?

—No.

—¿Por qué entonces?—seguiréis preguntando.

Y yo no lo diré.

Pero creo conveniente alguna aclaración respecto de tal reserva y de decir mucho menos de lo que debiera de la obra estrenada.

La reserva no podrá aplicarse al mérito de *La casa de todos*, pues lo descubre en extraordinarias proporciones.

Tampoco podrá aplicarse al valor del éxito, cual si yo quisiese, por tratarse de un amigo, eludir discretamente la declaración de un fracaso ó de un *succés d'estime*. Así, pues, conste que el público llegó á delirantes extremos en el aplauso, y tal manifestación entusiasta es muy buena para observada por quien convenga.

—Y, en resumen, de *La casa de todos*, del asunto del diálogo, del desenlace y de la amarguísima impresión que deja, sólo diré: ¡Id al Salón Nacional á ver la obra de Répide!

Los que sueñan con una vida mejor en la tierra, esperándola de días que vendrán y los que están aferrados á ranciedades de tenebrosa memoria, para todos, en fin, es útil pasar los breves instantes que dura la sección en que el autor hace desfilar los personajes y episodios de *La casa de todos*.

¡Bravo!, diré á Répide y á su obra, de exuberante juventud.

¡Cuántas veces salió á escena! Yo perdí la cuenta, llevada con la alarma que me produjo la creencia de que Répide pereciese... Se lo comían. Pretendieron después que hablase, y el autor guardó silencio, juzgando acertadamente que ya no había dicho poco en *La casa de todos*.

La ejecución, decentita; más pudiera pedirse al haber sido la obra representada en el Español, diremos para ejemplo; pero no hemos de ser excesivamente exigentes con los artistas, jóvenes aún casi todos, que forman el cuadro del Salón Nacional. Dediquemos á todos ellos un aplauso general, diciéndoles ¡adelante!, respecto de su trabajo personal y de las obras.—S-A.

(*Heraldo de Madrid.*)



Yo no sé si, en el momento en que escribo estas lineas, continuará Pedro Répide saliendo á escena. Supongo que sí. Al retirarme del Teatro, llevaba ya Répide ocho ó diez salidas después de bajar el telón, y otras dos ó tres antes. Como escritor, esto y más merece. Pocos prosistas modernos igualan su prosa, y poquísimos la superan. Felicitémonos, pues, de verle triunfar en el teatro, porque ello nos promete grandes dramas futuros.

En *La casa de todos*, como anteriormente en *La llave de la Araceli*, Répide ha optado por una mecánica sencillísima. El secreto es dividir la obra en dos partes aproximadamente iguales: la primera mitad graciosa; la segunda mitad dolorosa y cruel.

En la primera parte de *La casa de todos* no pasa nada: e la segunda, pasa demasiado. Sin embargo, aquellas escenas en que nada ocurre, entretienen é interesan á todo el mundo· aquellas otras en que hay exceso de acción, son quizás menos interesantes.

Las escenas de la presentación del Asilo y de los *golfos* que á él concurren, son deliciosas. Répide se mostró en ellas dialoguista y costumbrista admirable. Están dibujados los tipos de mano maestra y las frases ingeniosas no cesan. El autor de estas escenas, es una vigorosa personalidad de observador. Allí se percibe una sensación de vida que encanta, una poesía callejera que conmueve y divierte á un tiempo mismo. En este cuadrito, Répide es personal é inimitable.

De audacia, no hablemos. La obrita da cruz y raya á todos los atrevimientos de la escena moderna.

De todas suertes, y aunque á los hombres de orden *La casa de todos* les parecerá un alegato para que todos se queden sin casa, siempre habrá que convenir en que el escritor de las primeras escenas de este dramita, es un autor excepcional.

La interpretación, discreta.

El Salón Nacional estará lleno muchas noches.

Y, mientras el Teatro Nacional llega, contentémonos con el Salón Nacional.—Caramanchel.

(*La Correspondencia.*)

***

Fué un exitazo enorme, para ahorrarse adjetivos de ponderación al relatar el triunfo del drama *La casa de todos,* de Pedro de Répide.

El ambiente de la obra interesó desde el primer momento al público que atestaba el Salón Nacional. Aquel Asilo de golfos durante la noche, con la presencia de la guardia civil, y de tipos arrancados de la vida, hizo que entrase el público en la obra aplaudiendo desde las primeras escenas. A mitad del acto la ovación se hizo formidable y unánime, viéndose obligado Répide á salir á escena.

Luego el éxito fué creciendo ante lo emocionante del drama. Cada frase era un aplauso, y de tal modo estalló el entusiasmo, que no dejaron acabar el acto. Dos frases antes de concluir el drama la ovación ensordecedora interrumpió el final. Después, entre aclamaciones formidables, se levantó la cortina más de quince veces.

Todos los actores, muy bien. Francisco Rodrigo y Luisa Cano, inmejorables. Cachet, Calvera, Cano y Sánchez, Rosarito Sánchez y la Srta. Estrella, todos excelentes.

En fin, enhorabuena á Pedro de Répide y á los actores y á

la empresa, que han encontrado un filón. Todo Madrid desfilará por el Salón Nacional para ver *La casa de todos.*

(El Liberal.)

***

Anoche, en el Salón Nacional, que es uno de los más elegantes de los recién construídos, se estrenó un emocionante drama del notable escritor Pedro de Répide. El ameno y castizo cronista, que tan bien conoce las honduras sociales del pueblo de Madrid, presentó en *La casa de todos* un cuadro de las miserias é iniquidades que pesan sobre los pobres, sobre los que padecen hambre y sed de justicia.

El criterio radical del autor y el espíritu de rebeldía que palpita en su obra, no deben ser obstáculo para reconocer el acierto artístico de ella. *La casa de todos* fué unánimemente aplaudida, y el autor llamado infinidad de veces á la escena.—ZEDA.

(La Epoca.)

***

La casa de todos, estrenada anoche en el Salón Nacional, consiguió un éxito enorme, equitativamente repartido entre el autor Pedro de Répide, y la notable compañía que dirige el Sr. Rodrigo.

El genial escritor, insensiblemente, con maestra suavidad y arte exquisito, plantea un asunto muy avanzado para llevarle á la escena, consiguiendo vencer toda la dificultad de la magna empresa y hacerse, no sólo aplaudir delirantemente, sino que el público ovacione á las figuras todas de aquella dolora vivida por un tiempo en el escenario del lindo teatro.

En un acto, Pedro de Répide, ha dicho lo que muchos hombres no se atrevieron á decir en infinitos años; en una noche, el Salón Nacional ha hecho lo que innumerables teatros no se determinaron á arrostrar desde su nacimiento hasta su vejez.—XIMENO XIMÉNEZ.

(El Mundo.)

***

Anteanoche se estrenó en el elegante teatrito de la Corredera, *La casa de todos,* original de Pedro de Répide.

Fué un éxito tan franco é intenso como merecido.

Está maravillosamente escrita y construída acusando al autor de cuerpo entero; así en el género cómico, como en el dramático, que de todo tiene.

Pero en lo que se destaca el autor, es en la valentía al juzgar la organización social y al defender el derecho á la vida que todos tenemos, ó debemos tener.

Es una obra profundamente socialista, en la que Répide sabe *poner el dedo en la llaga*, haciendo decir á los personajes lo que sienten los espectadores. Por eso arrancó frenéticos aplausos y frecuentísimas y repetidas llamadas á escena.

Los artistas representaron con mucho cariño, alcanzando gran parte del triunfo la señora Cano y el señor Rodrigo.

Enviamos nuestra enhorabuena á todos: autor, artistas y empresa.

(*Heraldo Militar.*)

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las canciones. Poesías.
Libertad. Poema.
Las canciones de la sombra. Poesías.
La enamorada indiscreta. Novela.
No hay fuerza contra el amor. Idem.
Del Rastro á Maravillas. Idem.
El solar de la bolera. Idem.
Noche perdida. Idem.
El Madrid de los abuelos. Historia.

TEATRO

El agua en cestillo. Proverbio.
Los majos de plante (1). Sainete.
La llave de la Araceli. Comedia en un acto.
Los tres maridos burlados (1). Zarzuela en un acto.
La casa de todos. Drama en un acto.

(1) En colaboración con Joaquín Dicenta.

Precio: UNA peseta